

## 54. Las dos cruces de Navidad

Pocos saben que Gaspar fue llamado también el "*Santo de Navidad*". ¿Por qué? Las razones son muchas y algunas ya los hemos nombradas, a propósito de su nacimiento y de sus nombres, tomados de los Reyes Magos: Gaspar, Melchor y Baltasar. Vio la luz en una choza a la sombra de la Basílica de Santa María Mayor, donde se venera la cuna del Redentor y murió tres días después de Navidad, el 28 de diciembre de 1837, en un apartamento de los majestuosos restos del Teatro Marcello en Roma. En estos últimos días de su vida había meditado largamente y se regocijó, contemplando un pequeño pesebre recibido en dono por las Hermanas de San Urbano, a quienes había acompañado espiritualmente en el camino de la perfección, mientras que entre sus manos apretaba siempre Crucificado.

¡Pesebre y Calvario!

Gaspar veía y meditaba sobre los misterios de la vida de Cristo a la luz su Sangre, misterio-núcleo, misterio fundamental de la salvación humana. "Jesús se encarnó para darnos su Sangre, vivió 33 años, entre nosotros, predicó, enseñó e obró prodigios para luego llegar al culmen de su amor por la humanidad en el don, es decir, de toda su Sangre.

Quien ha leído la vida del Santo ciertamente recuerda la maravillosa visión, que él y San Vincenzo Strambi tuvieron mientras juntos meditaban la Pasión de Cristo: Jesús en el camino hacia el Calvario, cargado del madero de la cruz.

Otra visión, justo en la noche de Navidad de 1827, Gaspar la tuvo en Poggio Mirteto.

Durante una noche fría, la nieve cayó en abundancia y continuaba cayendo, la gente acudía feliz a la misa de medianoche, cantando himnos navideños, en el festivo sonido de las campanas. Se veían largas filas de llamas serpentear en el campo, que a poco se iban aproximando a la ciudadela. Eran los fieles que iluminaban las calles con antorchas. La iglesia estaba más llena que nunca, también por la presencia de Gaspar,

que todos estaban ansiosos de escuchar. Él durante la misa habló del gran misterio navideño "con tanta ternura, que conmovió a los fieles hasta las lágrimas".

Después del beso del Niño Jesús, mientras que los fieles se amontonaban hacia la salida, el Santo se arrodilló en ferviente oración frente al pesebre. En oración junto a él había unos fieles y un pequeño grupo de monjas. Uno de ellas, en particular, señaló que mientras que el santo miraba hacia un punto indefinido hacia arriba, con el rostro radiante, sin duda capturado en uno de sus continuos éxtasis, de repente se nubló de tristeza. Tan pronto como se levantó para ir a la sacristía, una hermanita le rogó escucharla en el confesionario, y le preguntó por qué, durante la oración, su rostro, antes tan luminoso, se había repentinamente turbado. Gaspar le confió que había tenido una visión: *"En primero lugar se había sentido como cargando sobre sus hombros un peso aplastante, luego se había visto a si mismo cargado con dos enormes cruces sobre sus hombros. ¡Seguro presagio de nuevas dolorosísimas pruebas!"*

¡De hecho, estas no se hicieron esperar! Los malignos fueron capaces de obtener por León XII el cierre de las dos casas más caras al Santo, abiertas y mantenidas con muchos sacrificios propio en el territorio donde estaba el refugio de los bandidos, es decir la casa de Terracina y la de Sonnino.

Tan pronto como se le notificó esta orden tan injusta, levantó los ojos al cielo, extendió los brazos y exclamó: *"Que se haga la Voluntad del Señor"*.

Pero, dentro, su corazón sangraba.

“Martirio”, no es una palabra retórica, ni excesiva en la vida de Gaspar. Es cierto que no derramó sangre de sus venas, pero desde el día en que fue encarcelado hasta el día de su maravillosa muerte, nunca su corazón cesó de sangrar.

